

ORACION



Al verte en tu fragante
pedestal de doradas claridades,
se hipnotiza mi espíritu y ya tiembla
como un girón de espuma entre las rocas.
Pero no sé salir, Señor, de esta tortura
indecisa y endeble, que me abruma
como un dogal de dudas invisibles,
y se ahoga la voz en mi garganta.
Sosténme Tú, Señor,
si rompo estas cadenas
que al barro de mi siglo me exclavizan
y me ves arrastrándome hasta el cielo
que Tú me prometiste en aquel día.

Hace ya veinte siglos que Tú hablaste
y múltiple y fecundo se ha hecho el eco
al rodar de alma en alma, estremeciendo
este ignoto confín de tus estrellas.
Pero es cierto que el piélago infinito
de tu luz creadora,
ha dado en la razón el arma ingrata
que abrasa el dedo de la mente inquieta.
Y sólo Tú, Señor, puedes librarnos
de este buril mortal de agudo filo
que hoy pretende volar y hendir el aire
convirtiendo la mies en tierra estéril.

Ayúdame, Señor, esta profunda sima
que tengo entre los átomos del alma
me ennegrece el camino que me diste.
Soy de la nueva savia con que riegas
este desierto de arenosas llagas
donde tu soplo dió luz inefable.
Pero esta savia ya ha nacido inerte
lleva un poso de sombras en su siglo
y una pesada sogla la atenaza
en el fondo de un lago de tristeza.
Yo, Señor, he palpado la noche y en mis manos
su alquitrán deleznable
ha dejado imborrables sucias huellas.
¡No permitas, Señor, que las estrellas
se ensucien al contacto de mis manos!

Levántame, Señor,
a contemplar redonda tu blancura
y desde la atalaya de esta altura
yo te prometo convertirme en nube.
Yo presiento, Señor, la luz que aguarda
en el túnel de Fe donde te escondes
y en mi alma se afloran trepidantes,
ansias de una esperanza indefinida.

Y porque sé, Señor, que Tú me escuchas
desde la cumbre ingente del espacio,
desde el mudo rincón de mi conciencia,
desde el átomo endeble y misterioso
desde el altar, en fin, donde te enciendes
a la llama inmortal de tu milagro...
Yo te pido Señor, me des de nuevo
el soplo alentador que un día me diste,
cuando surgió la criatura inerme
de entre un bosque de brumas ignoradas
y un alba insospechada ardió en la noche...

Hoy también necesito de tu aliento
para nacer al cielo luminoso
del consuelo y la paz
y ver sereno deslizarse el tiempo...
sin escuchar la voz atormentada
con que claman las horas de este siglo
enfermo de inquietud y de tristeza.

GONZALO PAYO

Toledo, Enero 1960.